

La muerte entre los otomames arqueológicos del norte del estado de México.

Un breve análisis de sus costumbres funerarias

ALICIA BONFIL OLIVERA

En este artículo se analiza, desde el punto de vista arqueológico, a los otomíes que habitaron la región noroeste del estado de México durante la época prehispánica. Para identificar al grupo valiéndonos de su cultura material tratamos aquí uno de los aspectos culturales que más información aportan en este sentido: el relacionado con las tradiciones mortuorias. Las particularidades de los procesos post mortem a los que estos individuos eran sometidos pueden decirnos mucho acerca de la tradición cultural de la que eran portadores. Así, los enterramientos aportan datos sobre las características físicas de los grupos humanos, sobre su cosmovisión y también acerca de los elementos culturales asociados. En este análisis se toman en cuenta las particularidades físicas de los entierros en sí, además de su posible contenido simbólico, para obtener un mejor acercamiento a las costumbres y a la cosmovisión de los grupos prehispánicos de esta región.

Introducción

La problemática en torno al origen y desarrollo de los pueblos otomianos es un tema complejo y a la vez apasionante para quienes nos dedicamos a estudiar a este grupo desde el punto de vista histórico-cultural. Uno de los factores que alimentan nuestro particular interés por este tema es el desconocimiento en el que han permanecido a través del tiempo las regiones geográficas en donde estos pueblos se desarrollaron, haciéndose esto patente particularmente en el norte del estado de México.

Históricamente, son tres los grupos culturales que han sido considerados de alguna manera originarios de la región septentrional de lo que actualmente conforma el territorio del estado de México. Otomíes, mazahuas y matlatzincas pertenecen, de acuerdo con la clasificación de Soustelle,¹ a la familia lingüística otomiana u otomí-pame, de la que también forman parte ocuiltecas, pames y chichimecas jonaces.

Dado que —independientemente de la definición de estas etnias desde el punto de vista lingüístico— resulta difícil, aún en la actualidad, identificar plenamente a cada uno de dichos grupos sin hallar cantidad de características en común, es necesario ahondar en ciertos aspectos culturales que podrían resultar diagnósticos a pesar de las transformaciones que éstos han sufrido a través del tiempo, para llegar así a una más consistente definición cultural de cada grupo.

En nuestro caso particular, la preocupación principal es el establecer cuáles serían las variables que podrían ser tomadas en cuenta para reconocer, desde el punto de vista arqueológico, a cada uno de estos grupos valiéndonos de su cultura material. Vale mencionar que, *mientras más atrás nos vayamos en el tiempo, encontraremos que estas características culturales estarán menos permeadas por influencias externas, haciendo más fácil así su definición.*

Uno de los aspectos culturales más útiles en este sentido es la manera en que las comunidades

despiden a sus muertos y toda la parafernalia que acompaña a esta acción, manifiesta tanto en los actos, ritos y ceremonias como en los elementos materiales (biológicos y culturales) que los asisten, siendo estos últimos el objeto de estudio de la arqueología en general y de este trabajo en particular.

Este artículo se refiere a los otomíes arqueológicos que habitaron la región noroeste del estado de México, y está basado en la información obtenida a partir de la excavación de un asentamiento arqueológico registrado como 025 P-R, "Los Toritos" en el municipio de Aculco, estado de México,² así como en los datos aportados por Román Piña Chán y Zaíd Lagunas con respecto a las investigaciones realizadas en Huamango (1976-1977) ya que, de hecho, son los únicos dos sitios correspondientes a la tradición cerámica "Huamango" que hasta ahora han sido estudiados.

Presencia y significado de la muerte

Es un hecho que los diversos ritos relacionados con la muerte, así como los distintos tratamientos a los que los cadáveres son sometidos en todas las culturas y en todos los tiempos, constituyen en sí un reflejo de buena parte de la ideología de cada grupo social.

Como atinadamente lo ha dicho Louis Vincent: "Los funerales son, ante todo, un ritual de despedida, altamente simbólico; terapia por la codificación del dolor y reglas normativas, cuya finalidad es preparar al muerto para su nuevo destino".³

En este sentido, tenemos que tanto en la iconografía como en la mitología y en la religión de las culturas mesoamericanas encontramos cantidad de símbolos que muestran la intención de una alteración radical de la condición humana con el propósito de trascenderla y fusionarla con la divinidad, lo que implica, en sí, un nuevo principio, un nacimiento.

Es claro que, desde el punto de vista de la arqueología, uno de los aspectos culturales que más información aportan es el relacionado con las tra-

diciones mortuorias que encierran, además de los datos concernientes a las particularidades físicas de los grupos humanos, otros que tienen que ver con los elementos creados por el hombre y con su cosmovisión.

En el caso particular del grupo arqueológico que el doctor Piña Chán identificó como otomí, mismo que, de acuerdo con él, edificó y habitó el asentamiento conocido como Huamango (en la mesa de San Miguel de Huamango Camaye, municipio de Acambay, estado de México) durante el Posclásico temprano, las particularidades de los procesos *post mortem* a los que eran sometidos los individuos pueden decirnos mucho acerca de la tradición cultural de la que eran portadores.

Elementos para caracterizar a los grupos de tradición Huamango

Como parte de la tarea a la que últimamente hemos enfocado nuestros intereses de investigación, trataremos aquí el complejo universo de las tradiciones mortuorias de los portadores del que Guevara y Granados han denominado *complejo cerámico Huamango*,⁴ de quienes, como ya se mencionó, tenemos referencia de excavación en tan sólo dos sitios.⁵ Sin embargo, podemos mencionar al sitio arqueológico de San Idefonso⁶ en el municipio de San Juan del Río y a otros más distribuidos en el sur de Querétaro, así como en el suroeste de Hidalgo y norte del estado de México,⁷ en los que se ha registrado cerámica diagnóstica de este complejo en superficie, además del sitio 049 P-R "Tixhiñú", en el municipio de Aculco, al noroeste del estado de México, en donde esta misma cerámica forma parte de una segunda ocupación en la secuencia estratigráfica obtenida durante su excavación. Estos asentamientos pueden tomarse como referencia para, partiendo de su distribución espacial, delimitar el área en la que este grupo habitó e interactuó con otros, muy probablemente emparentados con él.

Existen varios aspectos que resultan de utilidad para poder hablar de ciertos patrones que, en

mayor o menor medida, comparten los asentamientos mencionados y que, siendo observables en lo material a nivel arqueológico, constituyen también elementos de confluencia cultural en esferas menos concretas, tales como la religión, las tradiciones y la cosmovisión de los grupos humanos, así como la interrelación de éstos con su medio. Algunos de éstos —además de la participación común por parte de todos ellos del complejo cerámico Huamango—, los enumeraron Juan Carlos Saint Charles y Ana Ma. Crespo en su exposición dentro del Tercer Coloquio sobre Otopames “Román Piña Chán” celebrado en Toluca en 1999, de entre los cuales resaltan:

- El diseño y el patrón espacial que sigue la traza de los conjuntos arquitectónicos, que se caracteriza por su localización sobre mesetas o en las inmediaciones de barrancas, y por lo general, la construcción de muros de contención o terrazas.
- La nivelación del terreno para la construcción de las correspondientes edificaciones, lograda por medio de hiladas de piedra que funcionan a manera de retenes, y en ocasiones, el relleno artificial con el mismo fin.
- La distribución de los elementos arquitectónicos dentro de los sitios siguiendo un eje norte-sur.
- Presencia de plataformas longitudinales de hasta 30 m de largo.
- El principal material constructivo es la piedra, tanto en las fachadas como en los rellenos de las estructuras.
- Los pisos son de arcilla apisonada y no se advierte la presencia de estuco.
- Presencia de artefactos líticos trabajados en obsidiana, así como en un basalto de grano fino.⁸

Independientemente de estos aspectos, los datos que han arrojado dos de los sitios que tuvimos la oportunidad de trabajar durante 1998⁹ nos permiten proponer, como una característica más de los asentamientos de esta tradición:

La abundancia de artefactos líticos y utensilios cerámicos relacionados con el trabajo de uno o tal vez de diferentes tipos de agaves. (Tajadores, machacadores, raspadores, vasijas para aguamiel y pulque, cuencos, etcétera.)¹⁰

Con base en esta primera aproximación hacia una caracterización de los rasgos materiales y espaciales que pudieran servir como indicadores de la presencia de grupos otomíes en la región que nos ocupa, es nuestro interés el resaltar, además, el aspecto relacionado con el tratamiento y los procesos a los que eran sometidos los individuos después de su muerte en los grupos que habitaron los asentamientos de tradición Huamango, ya que, por la confluencia de algunas de sus características, pensamos que la información proveniente de sus enterramientos resulta de utilidad para identificar a dichos grupos.

Los datos de campo

A partir de la información con la que contamos podemos hacer mención de que, en el centro Ceremonial de Huamango, Zaíd Lagunas registró, para la época prehispánica, tres variedades diferentes de enterramientos de un total de 19, a saber: la mayor parte de ellos (9) fueron primarios directos individuales, siguiéndoles en número los secundarios indirectos (7) y, por último, en cantidad mucho menor (3), los secundarios directos individuales. Cabe aclarar que, entre los entierros primarios, se presentan tanto los que fueron depositados previamente atados dentro de un bulto mortuorio, como los que descansaban directamente en el tepetate, y que por lo general, a este tipo de entierros se les hacía acompañar de una ofrenda consistente en implementos de lítica y cerámica relacionados con las actividades productivas y de culto.¹¹ Ambas prácticas, así como la asociación con ofrendas y la posición en decúbito lateral flexionado que presentaba la mayor parte de estos entierros, son características comunes en gran parte del territorio mesoamericano a través de un prolongado periodo de tiempo.¹²

En el caso de Huamango, existe un patrón de distribución muy claro en cuanto a las diferentes clases de enterramientos: los primarios y secundarios directos suelen encontrarse debajo de los niveles del piso de plataformas bajas que al parecer no corresponden a edificaciones ceremoniales; en cambio, los que son de tipo secundario e indirectos (es decir, los depositados dentro de urnas), se encuentran más bien de manera simétrica, debajo de las esquinas noroeste y suroeste, así como de las partes medias de las fachadas de basamentos de tipo piramidal sobre los cuales se levantaban templos. Hasta donde se ha reportado, al parecer ambas modalidades resultan excluyentes.

Por otra parte, durante las excavaciones que realizamos durante 1998 en el sitio 025 P-R "Los Toritos", únicamente encontramos entierros del segundo tipo descrito, es decir, secundarios, cremados e indirectos, asociados, igual que en el caso anterior, a los ejes del centro y de las esquinas noroeste y suroeste de las fachadas de estructuras de carácter ceremonial, presentándose en uno solo de los casos al centro de una estructura. En contadas ocasiones las urnas se encontraban tapadas con una laja de piedra, y en dos de los casos los restos fueron depositados en vasijas partidas a la mitad por su eje vertical.

Tomando en cuenta la información proveniente de ambos sitios, podemos decir que los entierros secundarios indirectos, que son los que ahora nos ocupan, muestran cuatro constantes:

1. La urna dentro de la que fueron depositados es, invariablemente, una vasija, ya sea decorada o monocroma, cuyas dimensiones no varían mucho, y van aproximadamente de los 20 a los 40 cm de alto y de los 12 a los 25 cm de ancho máximo del cuerpo, con bocas que varían en amplitud y cuellos que pueden no existir, o bien, ser más o menos alargadas (figura 1).¹³

2. Todas las osamentas depositadas en urnas presentan la característica de pertenecer a un solo individuo.¹⁴

3. Todos los entierros contenidos en urnas consisten en osamentas que fueron sometidas a incineración a temperaturas de entre 800 y 900 °C y,



Figura 1. Diferentes tipos de vasijas utilizadas como urnas funerarias.

aparentemente, cuando aún contaban con tejido muscular adherido a ellas (figura 2).¹⁵

4. Las vasijas que hacen las veces de urnas funerarias se encontraron depositadas debajo de los ejes del centro de las fachadas norte, sur y oeste y/o de las respectivas esquinas (noroeste y suroeste) de las estructuras ceremoniales (figura 3).

Los enterramientos dentro de urnas y la incineración en Mesoamérica

En cuanto a la incineración de los muertos, algunas crónicas y códices señalan que los individuos dedicados al culto del dios solar eran quemados y, de acuerdo con Diego de Landa,¹⁶ en la zona maya esto sólo se hacía con los grandes señores.



Figura 2. Restos humanos incinerados, tal y como se encontraron dentro de las urnas.

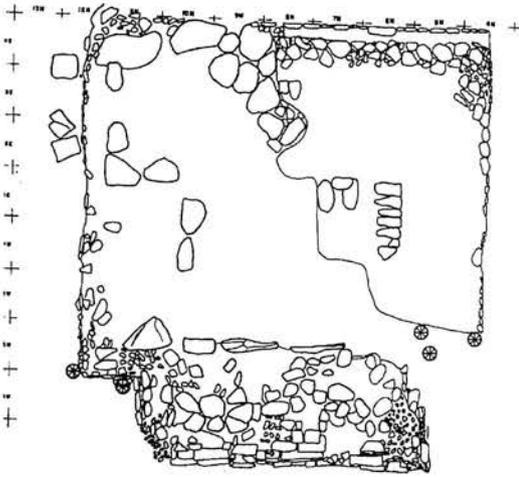


Figura 3. Ubicación de urnas funerarias con respecto a una de las estructuras arquitectónicas.

Por su parte, Sahagún refiere que la ceremonia de cremación del cadáver y el depositar sus cenizas o restos quemados en vasijas era práctica común entre los mexicas:

Y dos de los viejos tenían especial cuidado y cargo de quemar al difunto, y otros viejos cantaban; y estándose quemando el difunto los dichos dos viejos, con palos estaban alanceando al difunto; y después de haber quemado al difunto cogían la ceniza y carbón y huesos del difunto y tomaban agua diciendo: lávese el difunto; y derramaban el agua encima del carbón y huesos del difunto, y hacían un hoyo redondo y lo enterraban.

[...] y esto hacían así en el enterramiento de los nobles como de la gente baja; y ponían los huesos dentro de un jarro u olla con una piedra verde que se llama chalchihuitl [...]¹⁷

Y de acuerdo con Lagunas:

[...] por los datos de que se dispone podría agregarse que también [era práctica] de los toltecas, de quienes tal vez la tomaron los mexicas, y de algunos otros pueblos del occidente de México, pues los datos arqueológicos así lo confirman.¹⁸

En cuanto a la cosmovisión de los otomíes, se sabe que mantenían una estrecha relación con el

fuego. El padre Serna menciona para el valle de Toluca (región de Xallatlahco y Teotenanco) que incluso en los ritos concernientes al proceso del parto, el fuego jugaba un papel de importancia.¹⁹

Galinier menciona que en la casa otomí el fuego es indudablemente el símbolo más prominente de la actividad ritual.²⁰ Es ante todo un “Centro”, punto de fusión de las coordenadas espacio-temporales, sitio de exaltación de la vida (llamas) y del aniquilamiento (cenizas).

En relación con sus rituales mortuorios, Carrasco, citando a los códices *Telleriano-Remensis* y *Vaticano-Ríos*, hace notar que los otomíes quemaban a sus muertos y que “esta costumbre la pasaron a los mexicanos”, entre quienes, ya en tiempos posteriores, “la manera de tratar el cadáver variaba con la manera de la muerte y el destino que se suponía esperaba al muerto”.²¹

La práctica de depositar los restos dentro de vasijas de barro a manera de urnas se reporta más bien para el Posclásico, ya sea como parte de un rito de segundas exequias (altos de Guatemala y norte de Yucatán) o de manera primaria (isla de Jaina). Entierros de este tipo han sido reportados repetidamente en sitios del área maya, del mismo modo que en regiones tales como Coralillo, Jalisco, y en general en la región totonaca, llegando a presentarse también en áreas fuera de los límites de Mesoamérica, como lo es Culiacán, Sinaloa, y en el sur de Estados Unidos.²²

Sin embargo, el caso de los sitios de tradición Huamango a los que nos referimos se distingue de todos los mencionados en tanto que se trata de restos incinerados, y encontramos que sólo tiene equivalente en pocos sitios. Algunos de ellos están en la región de Michoacán, en donde Caso (1931) reporta entierros secundarios con restos de ceniza, los cuales estaban contenidos en una gran olla de barro delgado de dimensiones considerables, tapada con un cajete. En esta misma región Lumholtz (1960)²³ menciona el mismo tipo de urna funeraria, pero con restos quemados del esqueleto, tal y como sucede en el caso que nos ocupa. Autores como Plancarte describen también para Michoacán ollas tapadas con una piedra con-

teniendo cenizas y fragmentos de huesos carbonizados, y por su parte Brand (1942)²⁴ menciona la presencia de enterramientos de restos humanos cremados y depositados en urnas para la región del Balsas en Michoacán y Guerrero.

A este respecto, Borbolla y León sugieren la existencia de una relación casi directa, al menos en la región de Pátzcuaro, entre entierros incinerados y ollas funerarias.²⁵

En Veracruz, Weiand reporta, para el Preclásico medio, restos humanos cremados depositados en vasijas de tamaño pequeño asociadas a otras más grandes que contenían huesos sin evidencia de cremación.²⁶

En el caso de Tecaxic-Calixtlahuaca, sitio al que frecuentemente se relaciona con Huamango, también García Payón reporta enterramientos secundarios consistentes en restos óseos quemados y ceniza, depositados en ollas con asa en forma de canasta (forma que no se presenta en el complejo Huamango), así como otros consistentes solamente en restos cremados dentro de ollas y cajetes, y por último, menciona la práctica de la cremación en cerámica: “En todos los casos, las vasijas utilizadas como urnas pertenecen a tipos diagnósticos del complejo matlatzínca”.²⁷

Consideraciones generales

Es importante mencionar que el fuego representa un elemento esencial en la funeraria de las culturas prehispánicas, ya que implica una función destructora que es inseparable de su poder purificador.

En este caso, es evidente que, ya fuera que el individuo haya sido expuesto por un corto periodo a los efectos de la intemperie y posteriormente fuera incinerado para retirar los restos de tejido restantes, o que fuera incinerado recién que perdiera la vida, como en nuestros días, la intención de tal exposición a un elemento purificador como lo es el fuego era la de liberarlo de todas las impurezas de la dimensión terrenal, para darle así acceso a una dimensión distinta, asociada con lo divino.

Por nuestra parte, consideramos importante complementar el listado de características expuesto anteriormente con otros elementos, también identificados a partir de la información arqueológica, ya que pensamos que las particularidades de los entierros en urnas presentes en los sitios de filiación cultural otomí, asociados a vasijas de barro del complejo cerámico de Huamango, pueden constituir una característica más que define a esta cultura en la época prehispánica. Estos elementos son:

- No existen, dentro del área de los asentamientos pertenecientes al complejo Huamango, lugares especialmente utilizados como panteones.²⁸
- La ausencia total, en los restos óseos recuperados, de prácticas como la deformación craneana intencional y la mutilación dentaria,²⁹ que fueron ampliamente difundidas entre los pueblos mesoamericanos.
- La práctica común de la costumbre de dar segundas exequias a los individuos muertos. (Enterramientos secundarios, directos e indirectos.)
- Práctica significativa, y aparentemente diferencial, marcada por el *status* del individuo, de la costumbre de incinerar a los muertos.
- Ausencia de entierros primarios colectivos.

Queremos hacer notar, además, que de acuerdo con las evidencias arqueológicas con las que se cuenta, nuestra posición coincide con la de Saint Charles y Crespo (quienes se basan en datos de Healan en la región de Zinapécuaro) en cuanto a que los grupos portadores del complejo cerámico Huamango seguramente están relacionados con grupos de la región de occidente y particularmente de Michoacán, posiblemente contemporáneos a aquellos; sin embargo, no es posible aún establecer cuál de estos dos grupos adoptó primero la práctica de la cremación y posterior introducción de los restos en vasijas. Lo mismo pensamos de los matlatzincas de Calixtlahuaca.

En relación con Teotenango, queda pendiente

la interrogante de cuál puede ser el motivo de que dicha práctica funeraria no aparezca reportada ni una sola vez, no obstante que los entierros primarios y los secundarios directos sí presentan coincidencias con los de Huamango en lo relativo a las posiciones en que fueron acomodados. ¿Cabe la posibilidad de una relación diferencial de ambos grupos, los de Calixtlahuaca y los de Teotango, con el aún incipiente señorío tarasco? ¿Acaso los “otomíes” de Huamango no lo sean, y se trate más bien de enclaves de grupos *michuaques* producto de las migraciones del Epiclásico?

Éstas son cuestiones que sólo serán factibles de resolver con un mayor número de estudios acerca de la región y de los grupos relacionados con Huamango, así como también con fechamientos precisos, que nos permitan entender el orden y el sentido del flujo humano y cultural que se dio en toda Mesoamérica a raíz del Epiclásico.

Notas:

¹ Jacques Soustelle, *La familia otomí-pame del centro de México*.

² Excavaciones realizadas como parte del proyecto de salvamento arqueológico Gasoducto Palmillas-Toluca en 1998.

³ Louis Vincent Thomas, *El cadáver. De la biología a la antropología*.

⁴ Paz Granados y Miguel Guevara, “Análisis cerámico del proyecto Gasoducto Palmillas-Toluca”, en Alicia Bonfil Olivera, *Informe Técnico Final del Proyecto de Salvamento Arqueológico “Gasoducto Palmillas-Toluca”*, y P. Granados y M. Guevara, “Xajay y Huamango. Discontinuidad ocupacional en la arqueología del centro-norte” (Ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Otopames “Homenaje a Román Piña Chan”).

⁵ Decimos esto en cuanto a que son los únicos en los que dicho complejo aparece como indicador de la única ocupación en el asentamiento correspondiente.

⁶ También conocido regionalmente como “Los Cuisillos”. *Vid.* Juan Carlos Saint-Charles y Ana Ma. Crespo, “San Ildefonso, lugar de confluencia de las culturas Xajay y Huamango”.

⁷ Registrados por Saint-Charles y Crespo, López Aguilar y Bonfil, respectivamente.

⁸ J. C. Saint-Charles y A. M. Crespo, *op. cit.*

⁹ Sitios excavados durante el desarrollo del proyecto

de salvamento arqueológico Palmillas-Toluca de la Dirección de Salvamento Arqueológico.

¹⁰ Este aspecto es digno de otro estudio, dado el importante papel que juega como elemento cultural distintivo de los grupos otomíes prehispánicos y actuales.

¹¹ Zaíd Lagunas Rodríguez, “Entierros humanos prehispánicos y recientes de Huamango, Acambay, estado de México”, en Román Piña Chán, coord., *Investigaciones sobre Huamango y región vecina*, vol. 1, pp. 131-203.

¹² De acuerdo con Zaíd Lagunas, son prácticas que existen en Mesoamérica posiblemente desde el Preclásico hasta el Posclásico (Z. Lagunas Rodríguez, “Costumbres funerarias y características bioculturales de la población prehispánica de Huamango”, en *Exposición Antropológica*).

¹³ En este sentido, el largo y ancho de las bocas y cuellos de las vasijas parecen no tener mayor relevancia para la función de urnas a la que fueron destinadas.

¹⁴ J. Arturo Talavera González, “Informe bioarqueológico de los restos óseos humanos incinerados, del Proyecto Gasoducto Palmillas-Toluca, Sitio (025 P-R) ‘Los Toritos’, Aculco, estado de México”.

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Apud* Z. Lagunas Rodríguez, “Costumbres funerarias y características bioculturales de la población prehispánica de Huamango”, en *op. cit.*

¹⁷ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, t. 1, libro III (apéndice, cap. I, p. 296).

¹⁸ Z. Lagunas Rodríguez, “Costumbres funerarias y características bioculturales de la población prehispánica de Huamango”, en *op. cit.*

¹⁹ *Apud* Pedro Carrasco P., *Los otomíes*, p. 197.

²⁰ Jacques Galinier, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, p. 145.

²¹ P. Carrasco P., *op. cit.*, p. 198.

²² J. A. Talavera González, “Enterramientos humanos en Sinaloa”, p. 24.

²³ *Apud ibid.*

²⁴ *Idem.*

²⁵ J. A. Talavera González, “Informe bioarqueológico de los restos óseos humanos incinerados, del Proyecto Gasoducto Palmillas-Toluca, Sitio (025 P-R) ‘Los Toritos’, Aculco, estado de México”.

²⁶ Weiant, *apud ibid.*

²⁷ José García Payón, “Manera de disponer de los muertos entre los matlatzincas del valle de Toluca”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, pp. 65-66.

²⁸ Hasta ahora no ha sido reportado ninguno.

²⁹ A este respecto, *vid.* Z. Lagunas Rodríguez, “Costumbres funerarias y características bioculturales de la población prehispánica de Huamango”, en *op. cit.*

Referencias:

- Bonfil Olivera, Alicia, *Informe Técnico Final del Proyecto de Salvamento Arqueológico "Gasoducto Palmillas-Toluca"*. Informe mecanografiado. México, INAH, Dirección de Salvamento Arqueológico, 2001.
- Carrasco P., Pedro, *Los otomíes*. México, UNAM, Instituto de Historia, 1950.
- Galinier, Jacques, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*. México, UNAM / CNCA, INI, 1990.
- García Payón, José, "Manera de disponer de los muertos entre los matlatzincas del valle de Toluca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. V, núm. 1. México, 1941, pp. 64-78.
- García Payón, José, "Síntesis de las excavaciones estratigráficas practicadas en Tecaxic-Calixtlahuaca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. XIV. México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1957, pp. 157-159.
- García Payón, José, *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlatzincas*. México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, 1979.
- Granados, Paz y Miguel Guevara, "Análisis Cerámico del Proyecto Gasoducto Palmillas-Toluca", en Informe Técnico Final del Proyecto de Salvamento Arqueológico "Gasoducto Palmillas-Toluca", Alicia Bonfil Olivera, 2001. Informe mecanografiado. Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, México. 1999.
- Granados, Paz y Miguel Guevara, "Xajay y Huamango. Discontinuidad ocupacional en la arqueología del centro-norte" (Ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Otopames "Homenaje a Román Piña Chan"). Toluca, 1999.
- Lagunas Rodríguez, Zaíd, "Entierros humanos prehispánicos y recientes de Huamango, Acambay, estado de México", en Román Piña Chán, coord., *Investigaciones sobre Huamango y región vecina*, vol. 1. Gobierno del estado de México, 1981, pp. 131-203.
- Lagunas Rodríguez, Zaíd, "Costumbres funerarias y características bioculturales de la población prehispánica de Huamango", en *Expresión Antropológica*, nueva época, núm. 6. Toluca, Gobierno del estado de México, 1997.
- Nalda, Enrique, *UA San Juan del Río. Trabajos arqueológicos preliminares*. Tesis. México, ENAH, 1975.
- Nalda, Enrique, "Secuencia cerámica del sur de Querétaro", en Ana Ma. Crespo, Rosa Brambila et al., *Querétaro Prehispánico*, núm. 238. México, INAH, 1991, pp. 31-56. (Colección Científica)
- Piña Chán, Román, *Teotenango. Segundo informe de exploraciones arqueológicas*. México, Gobierno del estado de México, Dirección de Turismo, 1973.
- Piña Chán, Román, coord., *Investigaciones sobre Huamango y región vecina*. Gobierno del estado de México, vol. 1, 1981.
- Piña Chán, Román, "Trabajos arqueológicos en Huamango, estado de México", en *Investigaciones sobre Huamango y región vecina*, vol. 1, Gobierno del estado de México, 1981, pp. 19-51.
- Sahagún, Bernardino, *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Ed., anotaciones y apéndices de Ángel Ma. Garibay. México, Porrúa, 1956.
- Saint-Charles, Juan Carlos y Miguel Argüelles, "Cerro de la Cruz. Persistencia de un centro ceremonial", en *Querétaro Prehispánico*, núm. 238. México, INAH, 1991, pp. 57-98. (Col. Científica)
- Saint-Charles, Juan Carlos y Ana Ma. Crespo, "San Ildefonso, lugar de confluencia de las culturas Xajay y Huamango", ponencia presentada en el Tercer Coloquio sobre Otopames "Román Piña Chán". Toluca, estado de México. Mecanografiado, 1999.
- Segura, Ángeles y Maximiliano León, "Cerámica y escultura de Huamango, estado de México", en R. Piña Chán, coord., *Investigaciones sobre Huamango y región vecina*. Gobierno del Estado de México, vol. 1, 1981, pp. 85-129.
- Soustelle, Jacques, *La familia otomí-pame del centro de México*. Toluca, Gobierno del estado de México / UAEM / Ateneo del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 1993.
- Talavera González, J. Arturo, "Informe bioarqueológico de los restos óseos humanos incinerados, del Proyecto Gasoducto Palmillas-Toluca, Sitio (025 P-R) 'Los Toritos', Aculco, estado de México". Mecanografiado. México, INAH, Dirección de Salvamento Arqueológico / ENAH, Laboratorio de Osteología de la licenciatura en Antropología Física, 1999.
- Talavera González, J. Arturo, "Enterramientos humanos en Sinaloa". En prensa.
- Vincent Thomas, Louis, *El cadáver. De la biología a la antropología*. México, FCE, 1989.